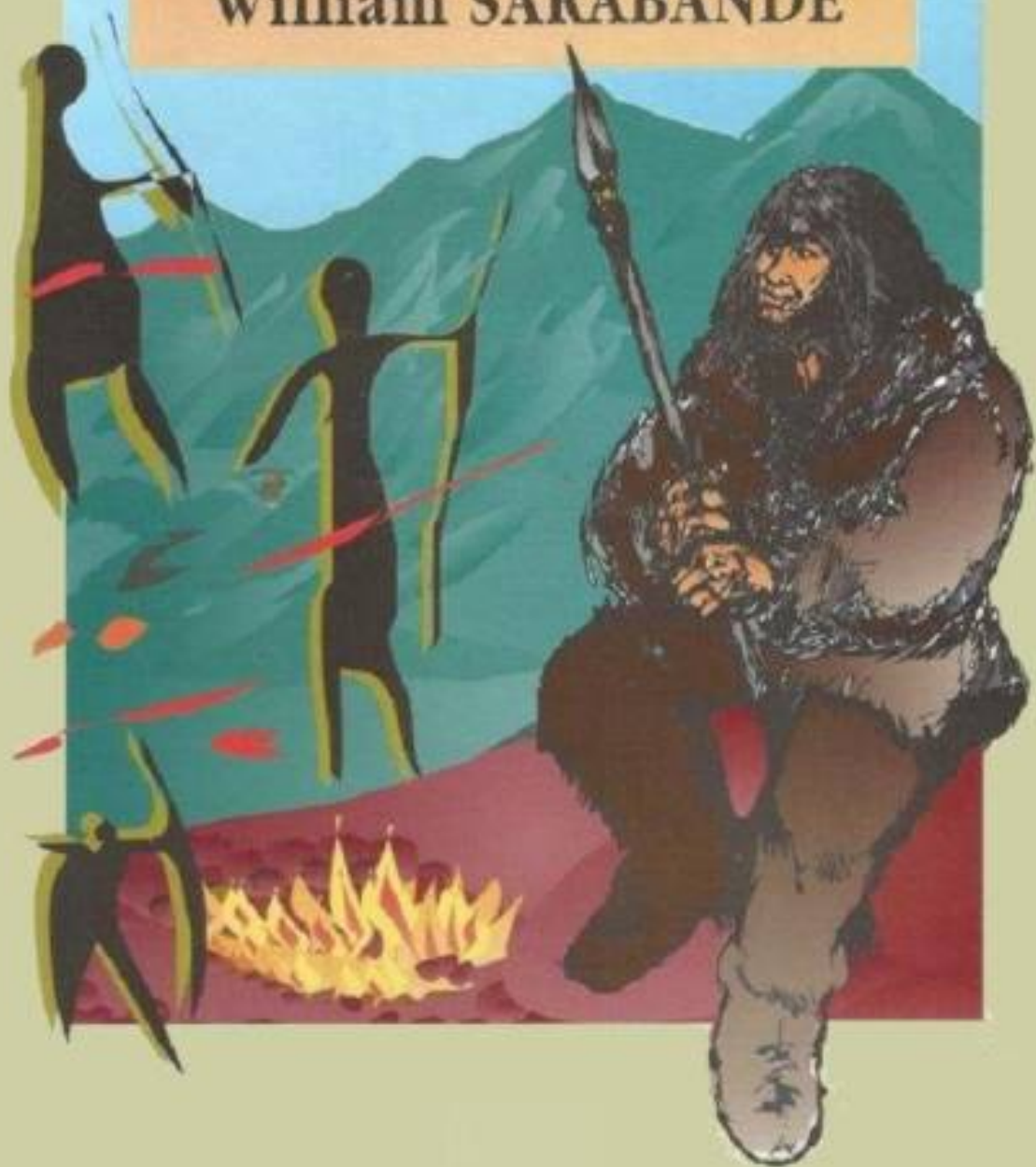


LA TIERRA PROHIBIDA

William SARABANDE



Navahk, el hechicero, el falso chamán, —el embaucador, asesino de mujeres y niños, asesino y manipulador de hombres, Navahk, hermoso y traicionero, intrépido, que había osado matar a un wanawut y bailar cubierto con su piel— ha muerto. Torka se ha librado de su más peligroso asesino y Karana, de su más horrible pesadilla. Los hombres que han visto en Torka su salvación lo han seguido, junto con sus familias, alejándose de las tierras del wanawut en busca de una nueva tierra que finalmente han encontrado: el Sitio de la Carne Sin Fin. Un lugar donde abunda la caza y en el que, al abrigo de una tribu, Torka parece encontrar la tranquilidad para él y su familia, hasta que, de nuevo, las feroces costumbres ancestrales que rigen la vida de los clanes primitivos obligan a Torka a optar entre el refugio que ofrece la tribu y la vida de su hijo. Un nuevo exilio espera a Torka y su familia que, esta vez, se verá acompañada por amigos fieles, dispuestos a sufrir por la libertad. La lucha contra la naturaleza se mezcla en esta parte con una nueva disputa: la que se establece en el corazón de esos hombres contra las viejas costumbres, una de las cuales, la más brutal de todas, la que exige el sacrificio de la vida de un hijo, es el detonante de este nuevo destierro. ¿Superará Karana la herida que Navahk dejó en su corazón? ¿Recuperará el don de la videncia? ¿Qué hará la hembra de wanawut con el cachorro humano? ¿Volverá el hijo perdido de Torka a los brazos de Lonit? Con la vista siempre en el Este, allá donde nace el sol, Torka y su exigua tribu atraviesan las aguas heladas camino de un nuevo mundo.

A Carla... en recuerdo de Hubert Hower Bancroft y de todos los buenos libros leídos y compartidos.

Y en cariñoso recuerdo de mi tatarabuelo, Brigadier General Wladimir Bonaventura Krzyzanowski, que emigró al Nuevo Mundo y cuyos viajes y audaces hazañas de 1872-1874 fueron la primera fuente que inspiró la fascinación de este autor por la historia del Lejano Norte.

«Todo era desconocido para mí», escribió. «No había ninguna mano que me protegiera de la angustia, no había ningún latido del corazón de hermanos que se hiciera eco del mío... Padecí y soporté la angustia con la esperanza de que surgiría algo mejor, y regué este deseo con mis lágrimas».

Agente especial de la Tesorería de los Estados Unidos, en ocasiones fue llamado primer Gobernador de Alaska, porque con frecuencia era el único funcionario del gobierno norteamericano de alto rango en el territorio. Viajó por mares y caminos, desde la aduana de Sitka a la cuenca alta del río Stikine y al Fort Wrangell hasta los yacimientos de oro del Klondike. En favor de su país de adopción y de los aborígenes americanos —cuyos derechos y tierras trató de proteger contra todo tipo de contrabandistas, entre ellos los de bebidas alcohólicas, políticos corruptos y buscadores de oro enloquecidos— luchó con argumentos con tanta valentía como lo hizo en Gettysburg, Bull Run, Chancellorsville y la batalla de Cross Keys en calidad de comandante de la Segunda Brigada, Tercera División, XX Cuerpo del Ejército de Potomac.

Este libro, *La Tierra Prohibida*, es para ti, Kriz, y para todos aquellos «primeros americanos» que se encontraron con una tierra maravillosa cuando la vieron, que tuvieron el coraje de permanecer en ella, regarla con sus lágrimas y protegerla con su amor y sus vidas.

LOS PROTAGONISTAS

TORKA: Cazador extraordinario, noble líder. Por haber desafiado la voluntad de la tribu, ha de enfrentarse a las malas artes de sus enemigos. Negándose a sacrificar a sus hijos o comprometer sus creencias, Torka conduce a su familia a una tierra que nadie había osado pisar antes... con la esperanza de hallar un futuro nuevo...

KARANA: Hijo adoptivo de Torka, reverenciado como hechicero. En la nueva tierra, Karana lucha por ocultar dos secretos a su padre: que sus poderes mágicos han menguado... y que sabe la aterradora verdad de su herencia.

LONIT: Hermosa mujer de ojos de antílope, esposa de Torka. Valerosa y fiel, ha jurado permanecer siempre junto a su valiente marido. Sin embargo, allá donde se dirijan, por muy lejos que sea, no puede olvidar al hijo varón que la obligaron a abandonar... y en sus sueños cree que aún vive.

CHEANAH: Último hijo superviviente de una mujer cuya familia siempre había regido los destinos de la tribu, se vio obligado por una madre intrigante a expulsar a Torka. Su furia perseguirá a Torka y a los suyos incluso en la Tierra Prohibida.

MAHNIE: Joven, amable y bonita, era la mujer de Karana, pero la pasión que sentía por él no era correspondida. En una nueva tierra ¿podía la fuerza de su amor servir de apoyo al hombre cuyos poderes determinarían el destino de todos ellos?

PRIMERA PARTE

A LA SOMBRA DE LA LUNA NEGRA

Capítulo 1

—¡Ahora! —la voz de la anciana era tan afilada como las viejas manos huesudas que oprimían con fuerza el vientre de la joven—. ¡Empuja! ¡Ahora!

En la penumbra de la choza de la sangre, Lonit obedeció. La criatura estaba a punto de salir en medio de una oleada de sangre y dolor. Ella no estaría allí para recibirla. Estaba demasiado cansada. Aunque las parteras estuvieran ayudándola a mantenerse erguida, notaba que se deslizaba, que se sumía en el delirio.

Las dos mujeres que la sostenían por los brazos la sacudieron. Lonit estaba enfadada con ellas. El dolor empezaba a ceder. Después de todo, la oleada de sangre no había arrastrado fuera a la criatura. ¿Por qué no la dejaban acostarse? La sangre le corría por las piernas y resbalaba sobre la gruesa capa de hierbas y líquenes que cubrían el suelo. Cuánto odiaba el olor dulzón de la sangre y el penetrante hedor a moho, característico de la oscuridad invernal, que llenaba la pequeña choza. Sólo de pensar en ello se ponía enferma y deseaba que las parteras limpiaran el suelo y lo cubrieran con hierbas frescas que olieran al sol del verano. ¡El verano! ¡Cuánto ansiaba que llegara el verano!

Los líquenes grises y las hierbas doradas le pinchaban las plantas de los pies. Estaba demasiado débil para permanecer en pie, pero quizá tumbarse no fuera una idea demasiado buena. El suelo había sido preparado para absorber la sangre y los desechos del parto, no para proporcionar comodidad. Eso vendría más tarde, después de que el niño hubiera nacido. ¡Si es que nacía!

—¡Mujer del Oeste, te digo que empujes!

¿Quién hablaba? ¿La vieja Zhoonali cuyos dedos parecían garras?

¿Wallah? ¿Iana? ¿Kimm o Xhan? Lonit no estaba segura. A su alrededor, en el reducido espacio de la choza circular, varias mujeres sudorosas y expectantes formaban una mancha borrosa. Todas estaban desnudas y pintadas con aceite rancio y ceniza, igual que ella.

Sobre su cabeza, la estructura interior de costillas de mamut y de camello se arqueaban hacia la bóveda cubierta con pieles del tejado sin respiradero. Unas cuantas cornamentas de caribú unidas por medio de correas sustentaban el techo. Deseaba con todas sus fuerzas que una de las parteras corriera parte de las pieles para que saliera el humo y pudiera entrar el aire limpio y frío. Estaba todo tan cerrado, tan oscuro y con tanto humo que apenas si podía respirar.

Sus ojos giraron y miraron hacia arriba. El techo parecía flotar, alto... muy alto. Los soportes de cornamentas daban la impresión de moverse a través de la niebla, como si los espíritus de los caribúes tirasen de ellos hacia arriba y formasen una invisible migración en la noche. Lonit se preguntó si su espíritu los seguiría. No sería tan malo morir... reunirse con sus antepasados... alejarse del dolor, de los ojos y de las manos investigadoras de las parteras. Seguiría a los rebaños de los espíritus de los caribúes como su pueblo lo había hecho desde tiempos inmemoriales... sólo que esta vez iría ella sola y no regresaría.

—¡No!

Su propio grito de desafío la sobresaltó. Los caribúes fantasmagóricos huyeron en la noche y el techo de cornamentas se serenó y dejó de moverse. De repente se dio cuenta del olor acre a sebo de bisonte quemándose y comprendió que las mechas de musgo de las lámparas de piedra estaban prendidas de nuevo.

¿Cuántas veces habían sido reemplazadas desde que ella acudió orgullosamente escoltada por su hombre a la choza de la sangre? ¿Cuánto tiempo había pasado desde que entró en la choza y, tras despojarse de sus ropas espe-

ciales de espera, las había arrojado, en un acto ceremonial, al fuego de la nueva vida a punto de llegar?

El rescoldo de ese fuego estaba ahora frío, como lo estaban las cenizas cogidas del hogar para pintar su cuerpo y los cuerpos de las parteras con símbolos destinados a honrar a los poderes dadores de vida del Padre Que Está Arriba y de la Madre Que Está Abajo.

Tenía la boca seca. Alguien le dio a beber agua de un pellejo.

—Bebe sólo para humedecerte la garganta. No más — Wallah sonreía, pero sólo había tristeza y compasión en los grandes ojos afectuosos de la matrona de cabellos grises.

Lonit estaba tan exhausta que casi no podía tragar. Cerró los ojos. Desde que los dolores de parto habían comenzado, el sol había salido y se había puesto dos veces sobre el borde del mundo. Ahora era otra vez de noche; una noche ártica fría y larga poblada del sonido del viento y del canto atonal y sordo de su pueblo. Escuchó. Debía de ser muy tarde, porque sólo cantaban unos pocos y ningún niño. Sólo los viejos, y los lobos.

¡Lobos! Abrió los ojos. Los oía con toda claridad, cercanos al campamento de invierno de su tribu. Ahora cazaban en manada, corrían a lo largo de la tundra invernal bajo la luna del hambre, tratando de hacer suyas la sangre y la carne de sus presas, lo mismo que ella luchaba por expulsar vida de su cuerpo sin perder la suya en el combate.

Sin embargo, la estaba perdiendo. Dos días y dos noches era demasiado tiempo para el nacimiento de un niño. Sus dolores habían empezado muy seguidos, en un lapso de tiempo similar al que mediaba entre cada latido del corazón. O al menos eso le parecía. Desde el principio fueron dolores salvajes, de la clase que hacía desfallecer a una mujer si continuaban.

Había preocupación en los ojos de las parteras, pero Lonit estaba demasiado exhausta para preguntarse si consideraban el aullido de los lobos como un presagio bueno o

malo. No le importaba; ningún presagio podía ser peor que el dolor que la atacaba de nuevo. Aspiró una bocanada de aire y la retuvo y le rechinaron los dientes. Cerró los ojos.

Trató de pensar en los lobos, en ser un lobo, no una mujer desnuda atrapada en una choza hedionda, sino una criatura salvaje, que corría bajo la luz azul de la luna del hambre... que corría delgada y ágil con el aliento frío y limpio del viento a su espalda... que corría hambrienta de vida a través de kilómetros salvajes de la tundra abierta, a la sombra de enormes cordilleras escarpadas y de los macizos glaciares de las Montañas Que Andan.

—¡Empuja, Mujer del Oeste! —ordenó Zhoonali—. Eres la primera mujer de nuestro jefe, pero, lo mismo que el resto de nosotras, sólo eres una mujer. Grita si quieres, pero empuja. ¡Ahora!

Lonit era joven y fuerte, y no iba con su carácter gritar. Con la imaginación se obligó a correr con los lobos kilómetros y kilómetros a través de la tundra. Su sangre brotó y su corazón latió rápido y fuerte. Ya no era una mujer. ¡Era un lobo! Era un animal salvaje, poderoso y elegante, exactamente como el lobo que antaño saltó sobre ella y casi le arrebató la vida. En un brazo llevaba la señal blanca y brillante de la dentellada propinada por los colmillos atroces de aquel lobo. Su hombre vistió la piel de la fiera y sus garras y colmillos colgaron de su cuello. Pero ahora, mientras corría, era perseguida por un espantoso león blanco con una gran melena negra, un león que rugía dentro de ella.

—¡Torka! —desde el fondo de su alma, Lonit gritó el nombre con angustia indecible mientras otra contracción transformaba los músculos flexibles de su abdomen en una sola banda aceitosa, ennegrecida por la ceniza, que apretaba y zarandeaba a su hijo nonato, aplastándole, obligándolo a salir, por fin, de su cuerpo.

¡El niño estaba ya a las puertas! Notaba el peso de su cabeza que desgarraba su carne tierna, rompiéndola en dos mitades como un lobo que quisiera liberarse de una

trampa sin conseguirlo. Jamás había sufrido una agonía semejante. Ni al dar a luz a su primogénita, Luna de Verano, ni cuando nació su segunda hija, Demmi.

El terror desorbitó sus ojos. «Mis pequeñas», pensó. «¿Podrá esta mujer volver a veros y estrecharos entre sus brazos?».

Más allá del campamento invernal de caza de la tribu, los lobos se apartaron y desperdigaron, desapareciendo en las colinas lejanas y en los lugares más recónditos de su mente calenturienta. Sus niñas corrían con ellos, y su hombre las seguía. Sólo el dolor permanecía. Intentó llamar a los que amaba: los lobos salvajes, sus hijas, su hombre. Pero aunque se esforzó por formar sus nombres, la luz estalló en la pequeña choza. Enseguida pensó en el sol. Se preguntó si el recrudescimiento del dolor sería su hijo; porque con el dolor, siempre había luz, brillo... resplandor... deslumbramiento.

—¡Lonit! ¡Vuelve a nosotras!

Ella no quería volver, pero Xhan y Kimm, las dos parteras que soportaban su peso, la sacudieron de nuevo con fuerza.

—¡El niño viene! —gritaba Xhan—. ¡Tienes que arrodillarte otra vez! ¡Tienes que hacer más fuerza!

Lonit era incapaz de intentarlo. Ni siquiera era ya una mujer. Era un espíritu que corría en la tierra donde nacía el sol con los fantasmas de los caribúes. ¿Por qué no la dejaban sola las mujeres? El niño vendría o no vendría. Su cuerpo le daría la vida o tal vez no; de cualquier modo, ella no ejercía el control. En absoluto.

Los dedos de Xhan y de Kimm se clavaron en sus brazos. La hicieron un poco de daño, aunque sin importancia. La contracción se hacía cada vez más insoportable mientras las parteras la obligaban a ponerse en cuclillas y a abrir las rodillas al máximo.

—¡Empuja! —ordenó Kimm.

Desplomada en los brazos de Kimm, Lonit ni siquiera podía intentarlo. El dolor menguante no tardaría en recrudescerse. Sabía que la próxima vez la mataría, y ella se alegraría.

Wallah se arrodilló delante de ella, sacudió la cabeza, miró a Lonit con ojos asustados y, con un suspiro de pesar, la abofeteó repetidas veces.

—¡No puedes rendirte ahora, Lonit! La vida que llevas en tus entrañas es la primera que nacerá en esta nueva tierra. Sería una mala cosa que muriera, ¡y peor todavía que arrebatase la tuya! ¡Mírame, Mujer del Oeste! ¡Jamás has sido perezosa antes! ¡Tienes que trabajar duro, más que nunca!

Todo su cuerpo temblaba en un torpor causado por el dolor y el agotamiento mientras se desplomaba hacia adelante, encorvada por el sufrimiento atroz de otra contracción. Sangre y líquido salieron a chorros de su cuerpo, pero la criatura seguía sin aparecer.

—Levántate y ponte a un lado —ordenó Zhoonali a Wallah, mientras la vieja ocupaba el sitio de la matrona y apartaba con sus dedos huesudos la cortina de cabello negro que cubría el rostro de Lonit—. Esto ya dura demasiado. Una mujer no puede soportar tanto. Tú eres joven y fuerte. Has dado vida antes, y si las fuerzas de la Creación lo permiten, darás vida de nuevo. Pero ahora los espíritus han hablado con las voces de lobos, un presagio muy malo. La vida que llevas en tu vientre tiene que ser tomada ahora, antes de que sea vida.

Lonit parpadeó. La contracción estaba cediendo un poco, lo suficiente para darle tiempo de centrar sus pensamientos. Las palabras de la vieja habían sido pronunciadas suavemente, pero en tono de amenaza. Empezó a comprender que Zhoonali hablaba de matar a su hijo nonato.

Lonit miró con fijeza a la vieja. Veía los poros en las arrugas a ambos lados de su nariz ancha y aplastada, y también los motivos pintarrajeados en torno de sus ojos legañosos,

enrojecidos por el humo, que se habían transformado en chafarrinones que ensuciaban su cara. Pero en alguna parte de aquel rostro macilento, marcado por el paso de los años, había restos de una belleza perdida hacía mucho tiempo; Lonit no se sorprendió al ver una compasión sincera en las facciones sucias y reseacas. Zhoonali había alumbrado numerosos hijos, pero sólo uno de ellos había sobrevivido para consolarla en su vejez. La anciana conocía el dolor y la muerte.

—No... —susurró, apartándose de la vieja y envolviendo con sus brazos largos y frágiles su abultado abdomen en un gesto protector. ¡Era su bebé! Al empezar sus dolores, una estrella nueva había aparecido en lo alto del horizonte occidental. ¡Una estrella nueva! ¡Un diminuto ojo dorado que brillaba tenuemente con una cola resplandeciente y juguetona! ¡Era el mejor de los presagios! Karana, el hechicero, lo había dicho.

Karana. ¿Dónde estaba Karana? Debería estar ahora allí, a la puerta de la choza de la sangre, con sus fuegos, sus danzas y sus cánticos mágicos para alguien que era como una hermana para él. ¿Habría dejado de nuevo el campamento en busca del consejo de los mamuts? ¿Sería cierto lo que opinaban sobre él Zhoonali y quienes la apoyaban?

¿Era demasiado joven e inestable para las responsabilidades de su cargo?

Lonit gimió. Dentro de su vientre el bebé se movía. Con o sin presagios, estuviera o no el hechicero, su hijo viviría, y Zhoonali no tenía derecho a hablar de quitarle la vida. El niño viviría o moriría según la voluntad de las fuerzas de la Creación. Además, sólo su padre y el hechicero tenían derecho a negarle un sitio en el seno de la tribu. El bebé era el niño de Torka, ¡quizá el hijo de Torka! ¿Y qué hombre con sólo hijas en el círculo de su fuego le negaría la vida a un hijo?

El dolor era más intenso de nuevo, crecía y a continuación estallaba mientras Lonit sentía como si le desgarraran

la espalda y las caderas. Era insoportable, pero ella no deseaba evitarlo. Esta vez, cuando sus dientes rechinaron y cerró los ojos, no pensó en lobos o espíritus. Pensó en su hombre. Pensó en su hijo. En el hijo de ambos. Y con un grito completamente humano, se sobrepuso al dolor y empujó con tal fuerza que el mundo pareció derrumbarse a su alrededor. Chilló hasta que su dolor pareció gritar en respuesta mientras ella se sumía agradecida en la oscuridad, en un denso y envolvente lago negro de inconsciencia en el que se habría ahogado... de no ser por los vagidos de una criatura. ¡Su hijo!

—¡Un varón! —la voz de Wallah estaba tan llena de orgullo como si anunciara el nacimiento de su propio hijo.

Aliviada, Lonit emitió un corto gemido que se transformó en una risa trémula. Por fin podría ver a su hijo y apretarlo contra su pecho. ¡Había dado a luz un hijo! Karana tenía razón, ¡la nueva estrella había sido un buen presagio! ¡Qué orgulloso se sentiría Torka!

Trató de abrir los ojos pero no pudo, los párpados le pesaban demasiado. No importaba. La dura prueba del parto estaba superada. También el dolor. Las parteras estaban limpiándola y le acariciaban la espalda. La vieja Zhoonali le administraba un masaje suave en el vientre para eliminar los residuos de la placenta.

Sin embargo, sucedía algo extraño: su abdomen aún seguía hinchado, y habría jurado que el bebé todavía se movía y pataleaba dentro de ella.

Pero el lago negro de la inconsciencia volvía a cerrarse sobre ella. Era cálido. Era profundo, acogedor. Era agradable sumergirse en él, oír con un júbilo inmenso a las parteras que alborotaban a su alrededor.

Después oyó la voz de Zhoonali.

—El hijo varón de Torka es fuerte y sano. El primer niño nacido en esta tierra nueva y prohibida es más hermoso que cualquiera de los muchos que esta mujer ha visto en su vida. Es una pena que este niño tenga que morir.

—¿Por qué?

La pregunta de Torka retumbó en todo el campamento como el sonido de la punta de una lanza al hacerse añicos contra una piedra. Bajo la inmensa y salvaje extensión negra de un cielo tachonado de estrellas, iluminado por la luz de la luna, se enfrentó a Zhoonali. El viento era frío. Su corazón estaba más frío aún. Notaba los ojos de su pueblo fijos en él, observándole desde sus chozas en medio de la oscuridad invernal.

Hombres, mujeres y niños habían oído el terrible y angustiado alarido de Lonit al dar a luz, seguido casi en el acto por los vagidos de un recién nacido. Después de días y noches de espera, por fin la criatura había nacido.

Pero ¿había sido un alumbramiento feliz? ¿Había sobrevivido Lonit? Debatiéndose entre el temor y la incertidumbre, Torka se había precipitado fuera de la choza, seguido por las pequeñas sombras de Luna de Verano y Demmi envueltas en pieles de pelo largo.

—¿Ya está aquí la nueva vida, Padre? —Luna de Verano, que contaba cinco años de edad, era menuda, y tan suave y bonita como las muñecas de piel de gamo de su hermana menor.

—¿Dejará ahora de sufrir Madre? —Demmi era una preciosa criatura de tres años, tan diligente y afectuosa como lo había sido aquella cuyo nombre llevaba, la madre de Torka.

Torka no contestó. Aún no tenía ninguna respuesta que dar.

Se plantó erguido frente a la choza de la sangre en tanto su pueblo salía de sus habitáculos atraído por la curiosidad y arrostraba la inclemencia de la noche fría y ventosa. Le contemplaban mientras sus hijas se aferraban a los flecos rematados por conchas de sus polainas de piel de lobo. Él juntó las piernas por temor a que las pequeñas notaran su temblor y supieran que tenía miedo.